Hueixallan, que es traducido por «lugar junto al gran arenal,» es probable que mejor signifique Xallan la grande, en contraposición á otro lugar del mismo nombre que hubiesen fundado después durante el viaje, y esa significación me hace conjeturar que se trate de Jalpa, que significa «sobre la arena,» pueblo en la alcaldía de Matatán, directoría de Cacalotán, en el distrito del Rosario, y que dista de Tolimán algo más de cuarenta leguas. Pero en lo que no cabe duda es que los toltecas llegaron á Jalisco, pueblo que se halla situado cerca de Tepic y dista cosa de setenta leguas de Jalpa, cuatro años después de haber dejado á Nueva-Tlapallan, esto es, en 559, y que por consiguiente su paso por Tolimán y Jalpa no sólo no es imposible, sino que parece que fué positivo.

Por supuesto que al descansar en esos y en otros parajes del Estado de Sinaloa, se quedaron algunos de sus compañeros rezagados por cansancio ó por afición al país, y estos seguramente contribuyeron á extender por allí la influencia tolteca, á repeler ó domeñar á los naturales y á fundar señoríos más ó menos importantes, haciendo prevalecer el idioma en toda la zona que se extiende al Sur de Culiacán, modificando los de las tribus refugiadas en las fragosidades de la cercana sierra, é incrustándolo también en varias comarcas del extenso territorio, que al salir de Sinaloa se explaya al Sur del río de las Cañas, que lo divide del Estado de Jalisco.

Como se ve, estos viajeros se aproximaban en su ruta á las riberas del mar, y continuaron así con la misma dirección, fundando sucesivamente, después del pueblo de Jalisco, á Chimalhuacán-Atenco, á Tochpan, Quiyahuitztlan-Anáhuac, etc., hasta que subiendo á las altas tierras de México, se establecieron en Tollan, que hicieron capital de su imperio, y destruido éste, fundaron á Texcoco en unión de los chichimecas, que recogieron algunos restos de la nación dispersa.

VIAJE DE LOS AZTECAS Á CULIACÁN: INSTITUCIÓN DEL CULTO DE HUITZILOPOCHTLI: IMPOSICIÓN DE NOMBRE Á AQUELLA CIUDAD.

He dejado anteriormente á los conchos establecidos á orillas del río que les dió su nombre, y á los aztecas en Casas-Grandes de

Chihuahua, adonde habían venido de Casas-Grandes del Gila. Ahora voy á reconducir á estos últimos en la nueva peregrinación que emprendieron hacia el Sur, procurando en seguida obviar algunas dificultades que ofrece la coordinación de los datos jeroglíficos é históricos que versan sobre este punto.

A mi juicio, no cabe duda que los aztecas se desprendieron de Casas-Grandes de Chihuahua con rumbo directo al Sur, sin desviarse de su ruta porque se interpusiesen montañas, ríos ni otros obstáculos, hasta que en el término de un año llegaron á Culiacán: así lo demuestran los itinerarios geográficos, las tradiciones y los jeroglíficos. Cuál haya sido la causa de su nueva determinación, no se dice; pero como habían quedado demasiado cerca de los apaches y otras tribus guerreras, que los habían ahuyentado del Gila, quisieron seguramente verse al fin exentos de sus continuas hostilidades, ó tal vez tuvieron noticia de la bondad de las tierras que llegaron á ocupar sus antecesores en la peregrinación, y codiciaron para sí la misma suerte. El tiempo que moraron en la demarcación que abandonaban fué de cosa de cien años: esto se patentiza deduciendo 544, año en que salieron del Gila por la dispersión de las familias, de 648 en que llegaron á Culiacán según el jeroglífico del Museo, pues se ve que restan 104, de los que sólo hay que rebajar uno que duró el viaje de Casas-Grandes á la ciudad referida, y el tiempo que debe haber durado el tránsito desde el Gila á las mencionadas Casas-Grandes.

Al principio hicieron lo que los toltecas; todos ellos en masa, la nación entera, se alzaron para emigrar, como solía hacerse en los antiguos tiempos, y tanto por la cercanía de los enemigos que dejaban atrás, como porque no irían aún tan cansados á consecuencia de la duración y molestias del viaje, es el caso que no dejaban rezagados en número bastante para formar población. Por esto es de observarse, que ni en la comarca donde residían, ni en todo el trayecto de allí hasta llegar á las cumbres de la Sierra-Madre, en la parte que se llama Tarahumara, dejaban tampoco huella de nombres geográficos, que yo sepa. Pero cuando ya iban volteando las faldas occidentales de la gran montaña, y ponían ésta de por medio entre ellos y sus ya lejanos enemigos, y marchaban con más confianza, y podían abandonar sin peligro los cansados y maltrechos en el camino, entonces debieron andar más despacio y fundar las

varias poblaciones que desde esa sierra existen hasta Culiacán con nombres de etimología azteca, en medio de otras con denominaciones extrañas á este idioma.

Probable es, que á llegar á esta ciudad, la Tlapallanconco de los toltecas, hayan sido inducidos por la identidad del habla de sus habitantes, descendientes de los fundadores de la misma, así como por el sentimiento amistoso que engendra la comunidad de raza. Pero es seguro que para no pasar de ella con el rumbo directo al Sur que invariablemente habían seguido, se hayan atenido al obstáculo insuperable que les presentaba el próximo mar, que á las pocas leguas les cerraría la marcha.

Los nombres de lugar de etimología azteca, que desde la Sierra Tarahumara corren en dirección á Culiacán, bifurcándose á uno y otro lado de la pequeña Sierra Blanca que se enfila en el tránsito, son: *Huisiopa*, *Temoste*, *Mopiloa*, *Telalagua*, *Tecuciapa*, *Soyatita*, *Tepaca*, *Chapulmita*, *Atotonilco*, *Alpatagua*, *Alicama*, *Ocualtita*, y otros que pertenecen al distrito de Badiraguato: *Chocotita*, *Tachinolpa*, *Talagua*, *Mezquitita*, *Humaya* y *Culiacán*, en cuyo distrito se extienden y esparcen varios más, confundidos con los de otras procedencias.

Muy remarcables son las dos series de nombres geográficos que, como se ha visto, parten de la ciudad de este nombre, una por la costa para el Noroeste, y otra por las faldas de la Sierra-Madre con dirección al Norte, indicando ambas los itinerarios que siguieron las tribus, que como dos ríos fueron á desembocar en la región culiacanense, viniendo la primera de Huehuetlapallan por Sonora y el antiguo país de los sinaloas, y la segunda de Casas-Grandes de Chihuahua por la Tarahumara y los actuales territorios de Badiraguato y Norte de Culiacán. Ni una ni otra tribu dejaron rastros etnográficos en el principio de su peregrinación en Sonora ni en Chihuahua, pero sí en el Estado de Sinaloa, á cuyo centro van á confluir las dos series antedichas. Es cierto que en el resto del Norte de dicho Estado existen otros nombres de lugar, de origen azteca, pero están dispersos, no llevan cierto orden de localidad progresiva como las dos series indicadas, y son debidos, no á la ocupación de los emigrantes, sino á las influencias del idioma, que en tiempos ulteriores llegó á hablarse en muchas partes de la región referida.

Los aztecas llegaron á Culiacán el año *ce tecpatl*, 648, según se deduce del jeroglífico del Museo, pues si la situación de los signos indica algo, allí está colocado el cronológico respectivo, no en la isla de donde aquellos salieron, sino enfrente del cerro torcido que expresa á Culiacán, y ya fuera, aun de las aguas que rodeaban al punto de partida. Además, si ellos, como lo creo, vinieron de la Atlántida, es más seguro en este supuesto atribuir la fecha citada á la llegada á Culiacán que á la salida de Atlatlán, de la qué por la enorme distancia de los tiempos no podían conservar ese pormenor. Algunos pretenden que esa fecha es de la salida de Culiacán, lo que es menos combinable con la posición del signo que, como he dicho, está al lado por donde los peregrinantes llegaron, y no á aquel por donde se alejaron del cerro torcido.

E insistiendo á propósito sobre la inteligencia de ese jeroglífico, comprendo que no hay que extrañar el que sus autores sólo hubiesen querido dejar en él consignado el punto de origen de la raza y su tránsito por la mencionada ciudad de Colhuacán, con la continuación de su itinerario desde este lugar hasta el valle de México, porque, en primer lugar, era fácil que no conservasen el recuerdo de lo pasado en las primeras peregrinaciones, á proporción de la lejanía de los tiempos, lo que se confirma con el hecho de que aun en la más reciente de Colhuacán de Humaya hasta el valle referido no consignaron sino escasísimos sucesos, llenos de oscuridad en cuanto al tiempo y á la situación y nomenclatura de los lugares, y sólo pudieron disponer de abundantes datos respecto de las que hicieron en el propio valle, que fueron las últimas: en segundo lugar, quizá el orgullo nacional les movería á omitir la mención de su salida de las orillas del Gila y de Casas-Grandes de Chihuahua, y de otros lances históricos, porque según las tradiciones el éxodo de la raza en dichos casos no fué otra cosa que una verdadera fuga por temor á los enemigos: y en tercer lugar, si la mansión de su origen era importante para los aztecas como punto histórico, no lo era menos para los mismos la del lugar en que se verificó el suceso más trascendental de toda su historia, y este lugar fué Culiacán.

En efecto, allí fué fundada su religión, allí tomó cuerpo y consistencia su nacionalidad, agrupada de entonces para lo sucesivo al rededor del ara de su dios, y por eso la ciudad ha sido llamada

también *Teocolhuacán*, esto es, Colhuacán santa, misteriosa, divina. Allí fué donde ellos creyeron que se les había aparecido Huitzilopochtli, cuyo distintivo, el colibrí, se vé detrás de la cabeza humana que lo representa en el jeroglífico, diciéndoles que él era el que los había sacado de su tierra, y quería ser su dios para favorecerlos. Allí comenzó el culto de la feroz divinidad, que habría de fanatizar á sus adoradores hasta el heroísmo y el sacrificio, pues se le hizo una estatua de madera que le daba una figura simbólica, se le colocó en una silla de juncos y cañas para conducirlo y se le dotó de un servicio sacerdotal que entendiese en las cosas de la religión, siendo nombrado al efecto Texcacoatl, Cuauhcohuatl, Apanecatl, y como sacerdotisa la esposa del jefe de la tribu, con el nombre de Chimalma, en memoria de la del primer jefe que en Atlatlán se llamaba de igual modo.[1] Después de Atlatlán no podía, pues, haber un lugar que les ofreciese un recuerdo histórico más interesante, y por decirlo así, más obligado que Culiacán: este recuerdo debía durar cuanto durasen la divinidad que lo motivaba y el pueblo que lo guardaba en calidad de mito sagrado, y como un símbolo de su primitiva organización nacional.

Tres años, se dice, estuvieron los aztecas en el lugar, tres años como los toltecas. Se ha llegado á proclamar la importancia política de dicha ciudad, y su antiguo brillo como centro de ilustración relativa; yo creo que nunca tuvo semejantes cualidades en los tiempos anteriores á la conquista. Jamás he sabido que en sus alrededores ni en todo el Estado de Sinaloa, se hayan descubierto ruinas de edificios ni otra clase de indicaciones que demuestren el poderío y la civilización adelantada de los pueblos que allí se asentaron, y esto se comprende bien, pues Culiacán sólo fué un lugar de tránsito para las tribus peregrinantes. Si estas permanecieron en otras partes por diez, veinte y treinta años, sin crear por eso un gran foco de ilustración, sería una exigencia irracional, al propio tiempo que un fatal error, el pretender que lo hubiesen formado en dicha ciudad, donde sólo hicieron mansión por tres. La importancia que Culiacán tuvo y mantiene en la historia, no proviene por cierto de esas circunstancias, sino, como ya dije, de haber sido propiamente la cuna de la religión de los aztecas, y el lugar donde que-

1 Lámina 1ª: Los cuatro conductores de la tribu.

dó consagrada su nacionalidad, donde se elaboró el mito de Huitzilopochtli, acogiendo y amparando á un pueblo que se distinguió después ante el mundo por la barbarie de su culto y por su valor indomable y estoico.

Repuestos de las fatigas del viaje que hasta allí habían seguido con dirección constante al Sur, quisieron continuarlo, pero ya no por ese rumbo, sino al Oriente, lo que prestó mérito para que *Tlapallanconco* se llamase en lo sucesivo *Coloacán*, ó lugar donde los caminantes tuercen camino, componiéndose la palabra de *coloa*, rodear yendo camino, y de la partícula ubicativa *can*. Dicho lugar se llama también *Colhuacán*, y significa lo mismo, pues esta palabra se deriva de *colhua*, compuesta de *colochtli*, rodeo en el camino, y de la partícula posesiva *hua*, con la terminal *can*, de manera que escrita con propiedad sería *Colohuacán*, y queda en *Colhuacán* por eufonía.

Asimismo se llamó *Hueicolhuacán*, Colhuacán la grande, para distinguirla de la del lago de México, á la cual los aztecas darían ese mismo nombre en recuerdo de la del Humaya, ya porque cerca de ella habían comenzado su nueva peregrinación en el Valle, como en la otra habían dado principio á la que hicieron para las tierras altas de México, ya porque en ambas habían tenido importantes revelaciones impulsándolos á seguir adelante, ya porque habiendo entrado al Valle por Tula con dirección al Sur hasta cerca de Colhuacán, donde fueron reducidos á servidumbre, libres ya del yugo colhua y recobrada su independencia, retrocedieron al Norte hasta Mixquiahuala, cambiando rumbo, como habían hecho en Colhuacán de Humaya.

Me confirma en este sentir la consideración de que si Colhuacán del Valle fué fundada, como se dice, por los chichimecas desde mucho antes del arribo de los aztecas á dicha comarca, no pudo haber recibido de aquellos un nombre derivado del idioma de estos; seguramente el nombre actual le fué impuesto después en recuerdo de la ciudad del propio nombre en Sinaloa, y es lógico que ambos proceden de la misma tribu azteca, pues sólo la misma tribu pudo obedecer á esos recuerdos, distinguir la ciudad grande de la menor, la vieja de la nueva, y consignar esas dominaciones en sus jeroglíficos. Yo no sé que Colhuacán del Valle merezca haber sido así llamada por otras circunstancias que las ya expresadas.

Eran los nahoas muy afectos á estas recordaciones geográficas, de lo que pueden citarse como prueba los siguientes lugares: Tollan ó Tula, del actual Estado de Hidalgo; el antiguo Mamenhi de los otomíes, llamada así en recuerdo de la Tollan del Norte ó de las tierras orientales; Tlapallanconco, en recuerdo de Huehuetlapallan; Chicomoztoc del Valle, por el fantástico Chicomoztoc del origen de la raza; Tecuyo, en Sinaloa, sobre el río de Elota, en memoria seguramente de Teguyo, que estaba al Norte del Gila; Altata no parece ser más que una corrupción de Atlatlán, tal vez la evocación de la Atlántida, lugar ó país cerca del mar, y quizá también con una posición similar en las costas occidentales de otro continente. Por eso todos estos lugares nuevos no siempre corresponden por sus circunstancias, como los antiguos, á la significación que dan los elementos gramaticales de que se componen sus nombres.

Además, de conformidad con los accidentes de las localidades, ó con los sucesos habidos en ellas, solían también cambiar los nombres, no sólo de los pueblos que habían conquistado ó sujetado á la influencia de sus relaciones, sino aun de los que nunca pudieron someter, perpetuando el cambio por el uso ó por su consignación en las narraciones jeroglíficas; y de estos últimos es uno de los ejemplos más notables Michoacán, nombre de etimología mexicana, que de seguro no debió ser usado por los tarasco, y menos por las tribus aborígenas de esa comarca. Nada extraño, pues, sería, que el nombre de que me ocupo, se encontrase repetido en países tan distantes por alguna de las causas sobredichas.

CONTINUAN EL VIAJE CON OCHO TRIBUS MÁS; CUÁLES SON ESTAS.

Salidos de Culiacán, y no en la propia ciudad, pues así lo indica el jeroglífico, pero sin saberse en qué lugar ni en qué tiempo, los emigrantes encontraron otras ocho tribus, que quisieron acompañarlos en su viaje. De ellas, dos eran de origen extraño á la raza nahoa: la de los matlatzincas, figurados en el jeroglífico de la peregrinación por una red, *matlalt;* y otra, de raza chichimeca, que por ser cazadora, está designada por un arco y una flecha. ¿Serían estas dos autóctonas ó advenedizas? Creo lo segundo, aunque ignoro haya datos para resolver la cuestión de una manera terminante. Noticias ciertas existen de que la primera fué á posarse en el valle de Toluca, pero no de dónde vino, ni si dejó en Sinaloa ó en otra parte huellas etnográficas; al menos yo no he podido advertirlas. La segunda fué la de los tarascos, que tomó una posición contigua á la primera, ocupando á Michoacán; opinión que aventuro con algunos fundamentos, según voy á exponer en seguida.

Consta que el territorio de Michoacán estaba ocupado primitivamente por los *tecos*, y que en cierta época se presentó en las orillas del lago de Pátzcuaro una tribu cazadora, de raza chichimeca, la que á poco tiempo descubrió ser sus hermanas en sangre é idioma las que habitaban las islas del lago, hecho que demuestra haber sido invadida la provincia michoacana por esas tribus congéneres en dos partidas y en dos épocas distintas. La recién llegada fundó sobre los bordes del lago supradicho la ciudad que lleva el nombre de éste, y extendiéndose después por todo el país lo dominó por completo, llegando á consolidar su gobierno en una sola monarquía, tal como fué encontrada por la conquista española; y como la monarquía encontrada por los españoles fué la de los tarascos, no cabe discutir que de la raza de los tarascos, cualquiera que hubiese sido su nombre primitivo, eran también las tribus que vinieron primeramente á asentarse en las islas. Esto es lo que se deduce de la relación presentada á D. Antonio de Mendoza, primer virrey de Nueva-España, según pude leer en la Historia antigua de México por el Sr. Orozco y Berra.

Supuesta la ascendencia de los tarascos que procedían de los chichimecas, y se mantenían de la caza como estos, no es inverosímil que fuesen representados por un arco y una flecha, y que á ellos se refiriese ese signo en el jeroglífico que enumera las familias que se acompañaron con los aztecas después de su salida de Culiacán. Y esta verosimilitud crece de punto, teniendo en cuenta que dicha tribu pasó por Sinaloa, como se deduce de las numerosas huellas etnográficas que dejó en su camino. Aunque no puedo discernir bien los nombres geográficos tarascos, pero entre estos creo que pueden clasificarse los siguientes:

Atero, en la costa del Fuerte, nombre de un punto al extremo de una península angosta que se avanza dentro de la bahía de Agiabampo con el nombre de Bolsa de San Pablo, es derivado de Aterio y significa en dicho idioma lugar avanzado ó internado; en la